cala, los cuales sostuvieron con heroico valor un sitio prolongado. Ni el hambre extrema, ni la peste, ni los impetuosos ataques de las legiones, ni las llamas que devoraban la famosa ciudad hacían decaer el ánimo de sus defensores, hasta que el 8 de Septiembre del año 70 los romanos asaltaron y tomaron el último de los fortificados recintos. Jerusalén quedó convertida en ruinas; cientos de miles de sus habitantes murieron durante el asedio, y los que sobrevivieron al asalto fueron degollados ó reducidos á la esclavitud. Desapareció la nación judía, y desde entonces los descendientes de aquel pueblo singular andan dispersos por la superficie de la tierra, sin perder la esperanza de que su patria resucite algún día.

EL CRISTIANISMO.

La doctrina de Cristo.—En tiempo del emperador Tiberio predicó Jesús su doctrina en Judea; llamáronle sus discípulos griegos el *Cristo* (ungido), es decir, el rey consagrado por el óleo santo. En lo sucesivo se le dieron los nombres de *Maestro, Señor y Salvador*. Su enseñanza fué recogida y conservada en los Evangelios, escritos por cuatro de sus discípulos: Lucas, Mateo, Marcos y Juan.

Esa doctrina inculcaba el sentimiento y el deber de la caridad, desconocida de las sociedades antiguas; difundía el principio de la igualdad que había de destruir á la vieja esclavitud; y confundía en un solo haz, en una sola familia, á la humanidad entera, á la que revelaba un origen común y divino, y le anunciaba una vida feliz é inmortal después de la tumba, como premio concedido á los justos y á los buenos. La aparición del cristianismo marcó, pues, el principio de la civilización moderna. Después de haber predicado la buena nueva durante tres años, Jesucristo fué muerto en Jerusalén y crucificado (33). Sus discípulos, los doce *apóstoles* (enviados), se dispersaron por las principales ciudades del Oriente, consagrándose á la difusión del Evangelio, y los que adoptaron la doctrina de Cristo se llamaron *cristianos*. En todas las ciudades donde había algunos, se reunían para orar juntos y celebrar el misterio de la cena (*ágape*). Su reunión se llamaba *iglesia* (asamblea). En lo sucesivo se comprendió con esa denominación al conjunto de todos los cristianos, unidos por la misma fé.

Persecuciones en tiempo de Nerón y de Domiciano.—Los progresos del cristianismo fueron muy lentos al principio. Nerón fué el primero en perseguir á los cristianos (64-68), acusándolos como autores del grande incendio de Roma. El apóstol San Pedro fué crucificado en esta *primera persecución*, y Pablo, llamado el *apóstol de las gentes*, fué decapitado.

Domiciano ordenó la *segunda persecución* (95) y entonces sucumbieron muchos cristianos en Roma y en las provincias del imperio. A los que morían por la nueva religión se les llamó *mártires* (testigos), porque daban público testimonio de su fe religiosa.

SIGLO 2.º

LA EDAD DE ORO DEL IMPERIO.

SUMARIO.

—

Roma.—Trajano [98—117].—Adriano [117—138].—Los *Antoninos;* Antonino Pio [138—161].—Marco Aurelio Antonino [161—180].—Cómodo [180—192].—Helvio Pértinax; Didio Juliano (193).—Septimio Severo (193—211).—Cultura intelectual de Roma en los siglos 1.º y 2º a J. C.—Cultura intelectual de Grecia en el mismo período.

La Iglesia.—Persecuciones en el curso del siglo 2º.—Progresos del cristianismo en los dos primeros siglos de la Era vulgar.

Personajes más notables en las ciencias y las letras latinas y griegas en los siglos 1º y 2º d J. C.

ROMA.

Trajano (98—117).—Itálica en la provincia *Bética* (España) fué la cuna de Marco Ulpio Trajano, quien de joven hizo la guerra en las legiones de Oriente y del Rhin; luego fué gobernador de la España *Tarraconense* y ejercía igual cargo en la Alta Germania cuando fué adoptado por Nerva con aprobación del Senado. Poco tiempo después de la muerte de ese emperador entró en Roma á pié y sin pompa, en medio del entusiasmo de todos, que admiraban su hermosa é imponente apostura, sus nobles y sencillos modales y su afabilidad inalterable.

Al tomar posesión del mando supremo declaró que respetaría las leyes protectoras de los ciudadanos, y nunca fué infiel á la palabra empeñada. Derogó las de *lesa majestad*, y los delatores fueron severamente castigados, reprimió las concusiones, y promovió la prosperidad pública. Aquel magnánimo varón, aunque no

de vasto talento, unía á su elevada bondad una rectitud incorruptible y la clara comprensión de las necesidades del imperio; fué el primero de los príncipes romanos que auxilió con donativos á las familias pobres de Italia, y pocos como él erigieron en la capital y las grandes ciudades del imperio tantos y tan suntuosos monumentos.

La espada de Roma siempre se esgrimió triunfante en sus manos: desde el año 101 hasta el de 106 el vencedor Trajano redujo la anchurosa Dacia (Hungría) á provincia del imperio, y con la muerte de su rey Decébalo quedó reparada la ignominiosa paz que con él había ajustado en otro tiempo Domiciano. En la misma época su teniente Cornelio Palma sometía la Arabia Petrea ó Idumea, y Damasco fué agregada á la provincia de Siria. Más ruda é importante fué la guerra que Trajano llevó á la frontera oriental del imperio [114—117], durante la cual conquistó Armenia, Mesopotamia y una considerable fracción de la Partia. Pero el conquistador romano se vió detenido en medio de sus victorias por una formidable insurrección de los pueblos recien subyugados, y cuando hubo dispuesto su regreso á Italia fué sorprendido por la muerte en Selino (Cilicia en el Asia Menor) el 8 de Agosto de 117. En lo sucesivo el Senado saludaría á cada nuevo emperador deseándole que *fuese más feliz que Augusto y mejor que Trajano.*

ADRIANO (117—138).—Era la primera vez que un emperador moría lejos de la capital: mientras que en Roma vacilaba el Senado entre diversos pretendientes, Elio Adriano, primo del difunto Trajano, era proclamado por todas las legiones de Asia, y la grande asamblea del Estado se apresuró á ratificar el nombramiento de aquellas tropas.

Adriano era también natural de España; había recibido en Roma una esmerada educación literaria y científica, y pronto se distinguió por su afición al estudio y su memoria asombrosa. Hizo una brillante carrera militar bajo la dirección de Trajano, y á la muerte de éste ejercía un importante mando en las legiones asiáticas. Después de su proclamación evacuó Asiria y Mesopotamia, reconoció á Cosroes como rey de los *partos*, y conservó el dominio

sobre Armenia, asentando allí un rey, vasallo de Roma; de este modo, dió al imperio un largo período de paz. Recorrió, durante la mayor parte de su reinado, todas las provincias del vasto mundo romano, redundando esos viajes en provecho del imperio en general y desplegando en ellos su asombrosa actividad constructora. Cuéntanse entre las obras que mandó levantar una muralla de 119 kilómetros de longitud entre la embocadura del Tyne y el golfo de Solway, con el fin de preservar á Bretaña de los ataques de los pueblos septentrionales, y en Roma, el mausoleo que llevó su nombre y que hoy es el castillo de San Angelo. Adriano, eminente como hombre de Estado, se hizo desconfiado y cruel en los dos últimos años de su vida, y después de adoptar en calidad de sucesor suyo á Aurelio Fulvio Antonino, falleció en 10 de Julio de 138.

Durante el reinado de Adriano creció la autoridad imperial y se debilitó la del Senado, á pesar de las consideraciones que este emperador guardó constantemente á los senadores. El consulado, que en un tiempo fué el cargo más elevado de Roma, había perdido mucho de su autoridad é importancia al reducirse su duración en tiempo de Augusto: primero se redujo á seis meses, y desde fines del reinado de Nerón se limitó á cuatro y hasta dos meses. Adriano convirtió en permanente el consejo privado que habían tenido sus antecesores, y este cuerpo resolvía las cuestiones de derecho en última instancia. La clase de los caballeros fué empleada en los múltiples cargos y puestos de la administración con gran disgusto y envidia de la clase senatorial, y Adriano dividió la cancillería de su palacio en dos secciones, una latina y otra griega, siendo los jefes de esta última, por lo general, celebridades literarias.

LOS ANTONINOS; ANTONINO PIO (138-161).—El nuevo emperador Aurelio Fulvio Antonino, á quien sus contemporáneos llamaron y la historia distingue con el bello nombre de *Antonino Pio*, había ejercido los más altos cargos de Roma, en los cuales ganó las simpatías de Adriano y de los romanos por sus conocimientos jurídicos, su prudencia y su bondadoso carácter. El Senado se negaba á legalizar la apoteosis de Adriano, pero tanto suplicó su sucesor, movido de piadosa gratitud, que el alto cuerpo del Estado decretó para el primero los honores funerarios, y otorgó al segundo el sobrenombre de *Pio*.

El reinado de este preclaro varón fué considerado en su épo-

sa y por las generaciones que le siguieron como la edad de oro del imperio. Antonino, nobilísimo, virtuoso y magnánimo fué el que más dignamente ciñó la diadema, y más grande aparecería aún á las miradas de la posteridad si no hubiese sido su sucesor inmediato el egregio Marco-Aurelio. El carácter general de su gobierno fué el de la fuerza y el reposo tranquilos, efectos de la seguridad; y todos los autores antiguos alaban á Antonino como uno de los muy pocos que en la cima del poder saben dominarse y rendirse á la razón y á la justicia. Con razón los romanos lo compararon con Numa, el rey sabio y mítico de la paz, y varios de los emperadores que le siguieron, además de los pertenecientes á su familia, se adornaron con su nombre, tan popular y respetado en Roma.

En medio de la paz reparadora de que gozó entonces el imperio, Antonino escarmentó á las inquietas tribus *escitas* que molestaban á las colonias romanas situadas en la embocadura del *Boristenes* (Dnieper), y sus legiones reprimieron á los pueblos septentrionales de Bretaña, donde se construyó una nueva línea defensiva entre la bahía de Forth y la desembocadura del Clyde, siendo este muro el límite extremo norte del imperio romano.

Antonino, á quien el Senado otorgó el título de *Padre de la patria*, falleció el 7 de Marzo de 161 á los setenta y cinco años de su edad, sucediéndole sin dificultad su hijo adoptivo Marco-Aurelio Antonino.

MARCO-AURELIO (161—180).—El segundo de los Antoninos dió al mundo el raro espectáculo de un emperador filósofo, y Roma pudo lisonjearse con la esperanza de disfrutar la misma dicha que había gozado durante el reinado de su antecesor. Marco-Aurelio, en efecto, dotado generosamente por la naturaleza se había dedicado al estudio de la filosofía, decidiéndose por la escuela estóica, á la que permaneció fiel toda su vida. Siguió obediente los principios del insigne Epicteto de Hierápolis, y antes de ascender al mando supremo, ya el imperio conocía su noble carácter, sus intenciones purísimas, y su firme voluntad de tomar la moralidad más rigida como norma de su vida privada y pública.

Admitió la dignidad imperial sin desearla ni pretenderla, con-

siderándola tan sólo como un deber que le imponía el destino; «desde aquel instante—dice uno de sus biógrafos—acabaron sus años «de felicidad sin que le fuera dado, como era su ardiente deseo, «hacer la ventura de los demás y del imperio en general, porque «el destino del mundo antiguo era inexorable y no estaba en la ma«no del hombre torcer su rígido curso.»

En el mismo día de su exaltación al imperio asoció en el mando á su hermano adoptivo Lucio Vero, vicioso é indolente, quien en vez de ayudarle estorbaba sus planes de buena administración. La muerte de su indigno colega [169] fué un verdadero alivio para el mundo romano y dejó á Marco-Aurelio mayor libertad para ejercer el bien.

Aquel emperador que sólo anhelaba la paz y la justicia se vió obligado á sostener la guerra durante casi todo su reinado. Alzáronse en armas los terribles *partos* y después de una larga y sangrienta campaña (162-165) fueron reprimidos por las legiones romanas, pero estas trajeron una peste que diezmó la población del Occidente. Los *marcomanos* y los *cuados*, poderosas tribus de la gran familia germánica, arrollaron á las guarniciones del Danubio [167] y atravesando la Panonia (Alta y Baja Austria) se asomaron en el Norte de Italia haciendo temblar á toda la península. Marco-Aurelio acudió con un potente ejército á rechazar la invasión, y pudo desbaratar á los *germanos* en las llanuras de Panonia. Nuevos pueblos bárbaros, unidos á las reliquias de los *marcomanos* y *cuados*, invadieron otra vez los países del Danubio, obligando á Marco-Aurelio á sostener penosa y larguísima guerra (168—175) que terminó con la victoria de las armas romanas.

Por tercera vez salió el emperador en dirección al Danubio [178], y dos años más tarde fallecía en Viena (17 de Marzo del año 180), llorado de su ejército y de todo el mundo romano.

CÓMODO (180-192).—Más relevantes aparecieron las altas virtudes del insigne Marco-Aurelio cuando el imperio estuvo regido por su hijo Cómodo, malvado sanguinario y brutal, que renovó las épocas infandas de Calígula, Nerón y Domiciano. Gracias á la memoria de su padre, pudo Cómodo encargarse del gobierno en el

mismo campamento de Viena, sin encontrar ninguna oposición. Llegado á Roma dejó el gobierno á sus favoritos y se entregó á los placeres para desplegar muy luego la más terrible y sangrienta opresión. Desde el día en que fué asaltado con puñal en mano por un joven noble de Roma, el monstruo imperial se cebó en innumerables víctimas, y arrastrando por el fango su alta dignidad y el nombre de sus inmediatos y preclaros antecesores, no hubo iniquidad que no cometiera ni necedad que no cubriese su fama de oprobio. Quiso ser adorado cual otro Hércules y halló en los hombres de su tiempo la suficiente vileza para que le tributasen honores divinos; cambió el nombre de Roma por el de *Colonia Comodiana*, y creó veinticinco cónsules á un tiempo. Aquel furioso, sin cualidad alguna moral ni intelectual para ejercer sus altas funciones, acabó con la paciencia de los mismos que más de cerca le rodeaban, y el 31 de Diciembre del año 192 diéronle muerte su concubina Marcia, el mayordomo del palacio y el prefecto de los pretorianos.

Durante gran parte del oprobioso reinado de Cómodo los negocios públicos, dirigidos por el hábil aunque despótico ministro Perennis marcharon bien. La disciplina se conservó en el ejército, y mientras que la capital presenciaba las locuras y crueldades del miserable Cómodo, las legiones sostenían en las fronteras la seguridad del imperio, acaudilladas por los generales Ulpio Marcelo, Pértinax, Clodio Albino, Pescenio Níger y Septimio Severo.

Helvio Pértinax; Didio Juliano (193).—Los conjurados, después de matar al degenerado hijo de Marco Aurelio, corrieron á la casa de Helvio Pértinax, anciano senador consular, ilustre por sus virtudes y sus servicios en el ejército; lleváronle ante el Senado que acababa de condenar á eterna infamia la memoria de Cómodo y le proclamaron emperador con anuencia de la primera asamblea del Estado y de la guardia pretoriana. Esta elección fué recibida con inmenso júbilo por todos los hombres honrados de la capital y de las provincias, y sin embargo, aquel varón digno, desinteresado y animoso que prometía un período brillante y reparador como el iniciado por Nerva, cayó asesinado tres meses después (22 de Marzo de 193) á manos de los soldados del pretorio que

le exigían cuantiosos donativos por haber consentido en su exaltación al mando supremo.

Consumado aquel infame asesinato, los guardias se retiraron á su campamento y allí pusieron á subasta el imperio, pues prometían proclamar emperador al que les ofreciese más: Sulpiciano, suegro del mismo Pértinax, presentóse como pretendiente; el otro fué el anciano y rico cónsul Didio Juliano que ofreció seis mil doscientas cincuenta dracmas á cada pretoriano, y quedó aclamado en el acto.

«¡Oh Yugurta,—exclama con este motivo un historiador de «nuestro tiempo—Roma había encontrado comprador!»

Pero la noticia del asesinato del honrado Pértinax y de la repugnante licitación que siguió á su muerte indignó á las legiones que guarnecian las provincias, y el mundo romano tuvo en aquellos días tres pretendientes al imperio: todas las tropas del Oriente aclamaron emperador á *Pescenio Niger*, las legiones de Bretaña á *Clodio Albino*, y las de Panonia á su jefe el africano *Septimio-Severo*. Este último, más activo que los otros dos, se dirigió precipitadamente á Italia y logró atraerse á los venales pretorianos, los cuales desconocieron á Didio Juliano; hizo lo mismo el Senado que proclamó en su lugar á Septimio Severo, y el infeliz y ambicioso Didio fué acuchillado en su mismo palacio el 1.° de Junio del año 193.

Septimio Severo (193-211).—El jefe de las legiones de Panonia había nacido de una familia noble romana en *Septis Magna* (Trípoli), y dedicado en su juventud al estudio de la jurisprudencia recorrió en seguida todos los empleos de la administración del imperio sin exceptuar los altos puestos de la milicia. Era valeroso y firme, de grande inteligencia, activo y audaz en sus empresas; pero avaro, cruel, vengativo é implacable con sus enemigos.

Entró en Roma después de la muerte de Didio Juliano y uno de sus primeros actos fué condenar á pena capital á los asesinos de Pértinax; luego disolvió la antigua guardia pretoriana, formando otra con soldados distinguidos de las legiones y prometió al Senado que no condenaría á muerte á ningún senador sin el consen-

timiento de toda la corporación. Salió de la capital para dirigirse contra su competidor *Pescenio Niger*, que al fin fué derrotado y muerto en el Asia Menor (194). También venció á *Clodio Albino* en la Galias (197) y el feroz natural de Septimio se reveló una vez más en esta ocasión insultando el cadáver de su infortunado rival, y vengándose cruelmente de los que habían favorecido á éste, así como años antes castigó con saña á los partidarios de Niger.

Sangrientas campañas contra los *partos* tuvieron á Septimio apartado de Roma durante varios años (198-202), y á su regreso se ocupó en embellecer la capital con grandes monumentos y en reorganizar la administración pública, en el sentido de completar el absolutismo monárquico con un duro régimen militar. Pasó los últimos años de su vida en Bretaña (208-211), donde restableció el orden y fortificó la línea de defensa de Adriano con cinco robustas ciudadelas. En febrero de 211 murió en York aquel príncipe, dejando el mundo romano á sus dos hijos Caracalla y Geta, enemigos entre sí é incapaces de regir con acierto el imperio.

Cultura intelectual de Roma en los siglos I° y 2° d J. C.—No se detuvo en el primer siglo de la Era cristiana el movimiento intelectual que tan notable fué en el curso de la centuria anterior. Las provincias comenzaron entonces á contribuir con la aparición de talentos notables, distinguiéndose la de España en ese sentido.

La lengua y la literatura latinas asumieron después de Augusto un carácter especial: perdióse poco á poco la afición á la antigua sencillez, á la verdadera y viva impresión de los pensamientos y las sensaciones, y dominó la tendencia á escribir de un modo interesante é ingenioso, siendo de notarse ya la influencia del provincialismo y del lenguaje vulgar en los escritos. El más brillante entre los literatos de la época inmediatamente posterior á Augusto fué sin disputa el español Séneca, que con gran facilidad, elegancia y noble expresión escribió sobre distintas cuestiones éticas; y también fué español Pomponio Mela, autor de una obra de geografía, escrita con el gusto retórico del tiempo. Más justamente estimado fué Plinio Secundo (el Mayor) que murió asfixiado en la erupción del Vesubio (año 79): autor fecundo, instruido y perseverante naturalista que comprendió en su *Historia Natural*—única de sus obras que ha llegado hasta nosotros—todo lo que se sabía entonces en materia de geografía, zoología, botánica, mineralogía é historia del arte. Cornelio Celso fué autor de una obra sobre medicina, agricultura y arte militar, y su contemporáneo Junio Moderado Columela, natural de Cádiz, publicó un tratado de agricultura en 12 libros. Asconio Pedanio, de Padua, alcanzó justa fama por sus excelentes *Comentarios históricos* de las oraciones de Cicerón, y el español Fabio Quintiliano en las *Instituciones oratorias* y en la escuela de retórica que dirigió durante veinte años, abogó con energía por el estilo clásico ciceroniano. Veleyo Patérculo con su compendio de historia romana, Valerio Máximo en sus *Anécdotas*, y Quinto Curcio en su elegante aunque inexactísima obra sobre *Alejandro el Grande*, fueron los más notables historiadores del siglo I°.

La poesía, que enmudeció en tiempo de Tiberio y de sus inmediatos sucesores, á partir del reinado de Nerón pudo manifestarse abundosa en todos los géneros de ese hermoso ramo de la literatura. El español Lucano inmortalizó su nombre en la *Farsalia*, poema épico en que además de sus indisputables bellezas se ataca al cesarismo y se enaltece á Catón y á los últimos defensores de la república. Más marcada es esa oposición en su condiscípulo y amigo Aulo Persio quien expone en sus *Sátiras* los severos principios de la moral estoica, fustiga en estilo adredemente obscuro los vicios sociales de su época y, según algunos autores, la monstruosa tiranía de Nerón. Valerio Flaco publicó en tiempo de Vespasiano su poema épico de los *Argonautas*, altisonante y verboso; el español Silio Itálico siguió de lejos al inmortal Virgilio en su poema sobre la *Segunda guerra púnica*; con mayor estro y más facilidad escribió Papinio Estacio en el género heroico *la Tebaida y la Aquileida*, y treinta y una silvas bajamente laudatorias para el feroz Domiciano; el ilustre Séneca que daba el tono en la prosa de la época, figuró también como poeta trágico, aunque las ocho tragedias suyas que se han conservado revelan que fueron escritas para la lectura y no para la representación en el teatro; Marcial (también español) dejó quince libros de epigramas donde se prodiga la más rastrera adulación á Domiciano; Cesio Basio, Calpurnio Sículo y Petronio Arbiter cultivaron felizmente la poesía lírica, y el último puede considerarse también como autor de novelas satíricas de costumbres á juzgar por los embrollados y obscuros fragmentos que de sus obras han llegado á nosotros.

Durante la primera mitad del siglo 2° se mantuvo aun con brillo la literatura latina, pero fué declinando luego para no levantarse más. En la esfera intelectual lo mismo que en el orden político, *la edad de oro* del imperio termina aproximadamente con el reinado de Antonino Pio (mediados del siglo 2°). Enumeraremos, sin embargo, á los representantes de la literatura latina en la se-